

Los dos lados del cristal

Mis párpados se abrieron con dificultad, una blanca luz me cegó temporalmente hasta que mis ojos se acostumbraron a la luz, me di cuenta que estaba en un hospital, particularmente en un pasillo frente a una ventana que me permitía ver dentro de una habitación, había una persona acostada en la cama, pero su rostro y cuerpo estaban cubiertos con agujas e intravenosas, tantas que no podía si quiera reconocer el sexo de esa persona, la curiosidad se apoderó de mí y entré a la habitación para ver quien era, había dos enfermeras afuera de la habitación conversando y otras tres dentro revisando al paciente, pero ninguna se percató de mi caminar hacia el centro de la habitación.

Me acerqué con cuidado a la cama del paciente, las enfermeras no trataban de ocultar su viva conversación, pero mi enfoque estaba en la persona que yacía en esa cama de hospital, por lo que sus palabras no llegaban a mis oídos, una vez llegué al lado de la persona pude reconocer que bajo todos esos tubos y máquinas había un joven muchacho; pelo castaño y rizado, labios finos, ojos almendrados, alto y delgado, con una expresión seria, pero sin dolor en el rostro. Sus rasgos me parecían extrañamente conocidos, pero no sabía por qué, estaba segura que nunca lo había visto, perdí la noción del tiempo mirándolo, tratando de averiguar por qué ese extraño me parecía tan familiar, tan distraída estaba que solo me di cuenta que era prácticamente medianoche cuando las enfermeras apagaron la luz y salieron de la habitación, dejándome en completa oscuridad, el simple pitido de la máquina que controlaba su pulso era el único recordatorio de dónde estaba.

De repente, el rítmico pitido que simulaba el latido de mi propio corazón se disparó, poniéndome nerviosa instantáneamente y llevando mis pies hacia la cama a pesar de que no podía ver donde estaba parada, de alguna manera mis manos llegaron a tomar su brazo, mis dedos encontraron su muñeca y presioné sobre sus venas, buscando un pulso desesperadamente, pero el descontrolado pitido se detuvo tan repentinamente como había empezado, y mi mano involuntariamente dejó caer su muñeca en cuanto me di cuenta que el pulso que buscaba con tal desesperación simplemente no estaba, simplemente me quede parada al lado del cuerpo que se helaba cada vez más, no podía verlo ni sentirlo, pero de algún modo sabía que estaba sucediendo. El pitido era largo y constante, indicando que no había pulso que marcar, y ese sonido sepulcral fue interrumpido por una voz suave y fría que mandó escalofríos a recorrer mi cuerpo.

“Me da alivio no haber muerto solo, aunque si me preguntabas antes de caer en coma yo hubiera adivinado que mis últimos momentos hubieran sido acompañados por los sollozos de mi madre o los silenciosos cuchicheos de las enfermeras que esperaban mi suspiro final para irse a su casa y por fin descansar; pero jamás me hubiera esperado ver a una mujer observando mi muerte, casi como si estuvieras esperándome, ¿Acaso estas aquí para llevarme al otro mundo?” mi voz se quedó como un nudo en mi garganta por unos momentos, pero respondí con seguridad una vez había recuperado mi compostura “La persona promedio no hubiera planeado el momento de su muerte hasta ese detalle, pero asumo que tienes razón en ese sentido. Si te soy honesta, no tengo la menor idea que estoy haciendo aquí, hablándole a un extraño en una habitación de hospital sumida en la oscuridad, y eso sin mencionar que el extraño está muerto, y que presencié su muerte sin siquiera saberlo” el chico dejó escapar una risa que alivió la pesada atmósfera de la situación.

“Bueno, si estás hablando con un muerto lo más probable es que o tengas un talento de médium oculto o que tú estes muerta sin saberlo, no me puedo imaginar otra razón para esta peculiar situación” cuando esas palabras llegaron a mis oídos, el nudo en mi garganta se presentó una vez más, esta vez con una angustia aplastante en vez de el leve temor de hace unos momentos, era ridículo pensarlo, pero de una forma u otra me hacía mucho sentido, mientras presenciaba la muerte de este chico sentí que mi cuerpo se movía por sí solo, pero de una forma liviana que nunca había sentido antes, me había despertado en un hospital sin saber cómo llegué ahí, y durante mi estadía en el nadie más aparte del difunto se había percatado de mi presencia.

“Por muy raro que parezca, supongo que yo también estoy muerta, desde que me desperté aquí me sentía diferente, pero asumo que es normal no saber interpretar el sentimiento de la muerte. Dudo que este aquí para llevarte al otro mundo, no tendría sentido viendo que ni siquiera sabía que estaba muerta hace un minuto” parecía que estaba teniendo una conversación con la oscuridad misma, pero esa voz respondía desde las tinieblas sin hacerme esperar “Tal vez la muerte no quería hacer dos viajes y prefiere llevarnos a los dos de una vez, si recién te enteraste que estás muerta entonces tú debes haber dejado este mundo hace poco tiempo, aun así, lamento hacerte esperar” su educada forma de hablar me tranquilizaba, pero de repente se sentó derecho en la cama y me agarró la muñeca con una mano firme, helada y terriblemente espectral.

“Espera un momento, ¿Sientes eso?” traté de liberarme a tirones, pero él mantuvo su mano firme y en ese momento, lo sentí, un sentimiento pesado y desesperante, que se abalanzaba sobre mí y amenazaba con aplastarme como un zapato aplasta a una araña que corre por su vida “Lo siento, pero no tengo idea que es” sentí como su cuerpo se daba vuelta y ponía los pies en el piso, se paró al lado mío sin soltarme la mano “Yo tampoco, pero me está llamando, *nos* está llamando, ¿Crees que ya sea hora de ir al más allá?” no estaba segura, pero asentí con la cabeza ya que sabía que no podía verme “De todos modos, deberíamos seguirlo a donde nos guíe, técnicamente tenemos todo el tiempo del mundo ¿No?” no supe si él asintió o negó dado que seguía oscuro, la habitación tenía otra ventana aparte de la que daba al pasillo, pero aparentemente esa era una noche sin luna ni estrellas, sin embargo, recibí mi respuesta silenciosa cuando empezó a caminar hacia la puerta y yo me dejé llevar por ese extraño espectral que me tomaba de la mano.

Nos movimos mano en mano a lo largo de las calles en Santiago, aparte de la ausencia de luna y estrellas, tampoco había personas ni autos en la calle, era como si le hubieran puesto pausa al flujo nocturno de la ciudad para que nosotros pudiéramos seguir ese poderoso sentimiento en paz. En silencio caminamos los dos hasta salir de la ciudad, dado que éramos espíritus no nos cansábamos, pero sabía que había pasado bastante tiempo ya que el frío viento que antes nos hacía tiritar de frío se estaba calmando. De repente nos detuvimos en frente de un glorioso portón de acero, grandes letras leían “Cementerio general” mientras caminábamos hacia la entrada, las grises lápidas de piedra parecían delimitar el camino por donde esa fuerza nos guiaba, finalmente, nos detuvimos en frente de una lápida con dos nombres inscritos en ella, la tumba en frente de esta estaba abierta, y había dos ataúdes sobre ella, probablemente siendo preparados para un entierro al siguiente día.

“¿Crees que esta sea...una de nuestras tumbas?” asentí con la cabeza, pero antes de responder tuve que cubrirme los ojos, el amanecer ya había llegado y la luz del sol naciente me cegaba, una vez mis ojos se acostumbraron a la luz me volví a mirar al chico que me acompañaba, y por primera vez le pude ver el rostro limpio al espíritu que me había acompañado durante mi primera velada como un alma perteneciente al más allá, y mis ojos se abrieron como platos una vez pude apreciar sus facciones con luz natural, y por la reacción casi igual que él tuvo al ver mi rostro por la primera vez, me di cuenta que él estaba tan sorprendido como yo.

Tez blanca como papel, pelo castaño y rizado color avellana, ojos almendrados con pupilas grises como la plata, labios delgados y descoloridos, era como verme a un espejo con cabello corto y facciones masculinas, un suave y cálido viento se levantó que hizo mi largo pelo ondear hacia él, y sus largos dedos dejaron caer mi mano para acariciar mis altos pómulos y respingada nariz “No puedo creerlo” ahora con la luz brillando sobre nuestras cabezas, me di vuelta para mirar hacia la lápida y leí en voz alta las dos inscripciones:

“Francisca Ruiz Tapia, nacida el 22 de febrero de 1987, fallecida el 14 de mayo del 2022

Juan Pablo Castro Tapia, nacido el 31 de noviembre de 1989, fallecido del 15 de mayo del 2022”

Me volví a mirar al supuesto Juan Pablo, quien estaba dándome la espalda y miraba horrorizado hacia el camino por donde habíamos venido, y me di cuenta que no estaba mirando algo, sino a alguien, una mujer cincuentona vestía un abrigo negro combinado con pantalones de la misma tela y color, unos grandes lentes de sol le tapaban los ojos, pero una vez se detuvo frente a los ataúdes, parada entre Juan Pablo y yo, pude darme cuenta que tenía el rostro sonrojado, probablemente por haber estado llorando. Juan Pablo volvió a mirarme con una expresión de confusión y asombro que yo compartí mientras que la mujer se quitó el sombrero, dejando a la vista sus rizos castaños que estaban contenidos en un desordenado moño.

Levantando un pañuelo hacia sus ojos para secar las lágrimas nuevas que surgían en sus ojos, la mujer habló con una voz temblorosa y suave que ambos reconocíamos muy bien “Juan Pablo, Francisca, mis niños” escucharlo era inédito, pero las coincidencias eran demasiadas para ignorar, y cada vez esa loca idea parecía más y más ser la pura y santa verdad “Ni siquiera se pudieron conocer, pero al menos los podré enterrar juntos, ustedes que solo comparten madre y no padre, pero lo más triste es que no compartieron ni una memoria en los dos años que vivieron juntos cuando eran niños” delicadamente puso dos rosas rojas sobre los ataúdes, una sobre cada féretro, antes de darse la vuelta con solemnidad y abandonar el cementerio sin más formalidades. Juan Pablo y yo quedamos estupefactos, mirándonos el uno al otro mientras las piezas del rompecabezas caían cada una en su lugar, a pesar de estar concentrados uno en el otro, reconocimos la presencia de la parca que se encontraba en el lugar donde mi madre, nuestra madre, estaba parada hace unos segundos, así que simplemente nos dimos la mano una vez más y seguimos a la muerte sin decir ni una palabra, aguardando silenciosamente las explicaciones que nos esperaban en el más allá.